

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 66 — BARCELONA 31 DE AGOSTO DE 1914



El Kaiser (1) en el cuartel general del mariscal von Mackensen (2)

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Las naciones bálticas.—II. Rusia, Francia e Inglaterra.—III. ¿Tentativas de paz?—IV. Otra guerra.

I.—Las naciones bálticas

A las victorias alemanas responden invariablemente los aliados con triunfos literarios y el anuncio de la próxima intervención de nuevos colaboradores, que sin duda aguardan la llegada del poderío alemán

al cenit para alzarse contra el opresor de los pueblos débiles—que no es Inglaterra—, el detentador de las libertades y el derecho —que no es Rusia— y el adversario de la civilización—que no es la decadente Francia, que con sus podredumbres morales ha infestado el mundo.

TOMO III

Ayuntamiento de Madrid

Los desastres de los rusos en Polonia y Curlandia han dado lugar a terroríficos anuncios de la inmediata entrada en la lid, a favor de los aliados, naturalmente, de Rumanía, Bulgaria y Grecia. Esperemos que los nuevos desastres que se avécinan, motivarán la misma actitud de Suecia, Noruega, Holanda y Dinamarca.

¿Deben, sin embargo, tomarse a beneficio de inventario esos anuncios de la intervención de los países balcánicos? Si en el mundo hubiera lógica y ella inspirara los actos de los pueblos, no cabe duda que si por fin Rumanía y Bulgaria desnudan el acero, las estocadas se dirigirán contra Serbia y Rusia; pero el caso de Italia demuestra que la demencia es un factor con el que hay que contar, tanto o más que con el instinto de la propia conservación. Si Inglaterra se equivocó e Italia ha hecho lo que ha hecho ¿qué mucho que Rumanía y Bulgaria olviden la realidad y después de trece meses de meditaciones tomen el partido que más pugne con los dictados del buen sentido?

Lo cierto es que la diplomacia anglo-franco-rusa está haciendo inauditos esfuerzos por convencer a las naciones balcánicas de las ventajas que reportarían si abrazasen la causa de los aliados. Los ofrecimientos y las dádivas son de consideración; como es el enemigo quien ha de pagar las costas, no hay límites para la liberalidad. No ya el Bánato y la Transilvania y la Bukovina y la Macedonia y parte de Siria, sino toda Alemania y toda Austria-Hungría podrían ofrecer sin reparo. La piel del león es valiosa y tentadora; lo malo es que aún no ha sido cazado el león, y que bajo las garras de éste lanzan aullidos lastimeros el oso blanco, el leopardo y el gallo, medio desplumado. Con todo, nada tendría de extraño que la austeridad y formalidad austro-alemanas, fueran vencidas por la desaprensión de los aliados. Los imperios centrales ofrecen sólo lo que están dispuestos a otorgar el día de una paz victoriosa; los aliados ofrecen el oro y el moro; luego ya se pondrían los puntos sobre las íes y se haría entrar en razón a los discolos de fuerzas despreciables.

El mayor obstáculo con que tropiezan esos manejes, que repugnan a los espíritus rectos, es Serbia, que desconfía de los aliados desde el día en que intervino Italia y que ha acabado por convencerse—triste enseñanza de una más triste realidad—de que el apoyo de Rusia es una fábula. Serbia no quiere perder lo cierto por lo remoto, y se resiste a entregar a Bulgaria la Macedonia a cambio de una parte de la Bosnia y Herzegovina el día que se logre el triunfo, que cada día se hace más improbable.

Posible es también que Rumanía, Bulgaria y Grecia, oyendo a los unos y a los otros, no traten más que de ganar tiempo para quedar bien con todos, esperando que se desate el nudo antes de tomar una resolución. Quedarán mal con los dos grupos, y lejos de ganar, perderán, cualquiera que sea el partido triunfante.

Puede precipitar el conflicto la necesidad de municiones en que se encuentra Turquía. Alemania aprieta y sus adversarios se muestran dadivosos. ¿Qué acontecerá? La respuesta es imposible que se aplase indefinidamente. Después de esta ardiente campaña de la prensa aliada, con la que trata de reanimar los abatidos espíritus de sus compatriotas

¿vendrá el silencio y se explotará un nuevo filón, como ha sucedido con los Estados Unidos?

Las cosas vuelven fatalmente a sus cauces naturales. La cuestión de oriente desencadenó la guerra europea, y en lo más álgido de ésta resurge aquella. Si no ahora, en las postrimerías de la lucha se encenderá otra vez la hoguera en los Balkanes, y la cuestión de la civilización del Asia tendrá que dar un paso decisivo. ¿Será Rusia, la atrasada, o Inglaterra, la explotadora en beneficio propio, u otra nación, quien abra las puertas de Asia?

II.—Rusia, Francia e Inglaterra

El espanto ha comenzado a cundir en Rusia, y con él el descontento. Los periódicos y los hombres políticos siguen pintando los sucesos de la guerra de color de rosa, pero la interrupción del tráfico en las vías férreas de más movimiento, las nubes de fugitivos del Oeste que se extienden en las provincias del Norte y del interior, los rigores de las autoridades y la miseria en aumento, son síntomas de que la paciencia y estoicismo del pueblo se están agotando. Aunque todavía con timidez, algunas voces se han alzado contra los responsables del desastre; dos preguntas están en todas las conciencias: ¿por qué nos hemos de sacrificar nosotros, mientras nuestros aliados no han hecho nada, ni hacen nada, por la victoria? ¿es tolerable que se entreguen a las llamas provincias enteras, que se hunda el país en la ruina y que perezcan sin provecho millares y millares de hombres jóvenes, sólo por la testarudez de unos pocos que ni pierden ni arriesgan nada aunque la nación entera se hunda? Cuando no sean los polacos, sino los rusos del interior, aquellos a quienes se hacía creer apenas hace un mes que los ejércitos del Czar iban de victoria en victoria camino de Berlín, los que sufran los horrores de la guerra, y presencien el paso de las triunfantes falanjes alemanas, la presión pública se ejercerá sobre el Gobierno, de aquella manera típicamente rusa que no hay más remedio que escuchar. Jamás los humanos pueden torcer las leyes del Destino.

En Francia, se dice una cosa y se siente otra: ¡Qué bien protegida está allí la libertad, gracias a la censura y al rigor! Quien escuche a los estadistas o lea la prensa, creará que Francia está en vísperas de alcanzar una victoria deslumbradora y aplastante; jamás las operaciones militares se han desarrollado tan favorablemente para los franceses; nunca se ha encontrado Alemania más cerca de un desastre. Pero basta asomar la cabeza al otro lado de la frontera para darse cuenta del estado de ánimo de los franceses. Inspiran piedad esos escritores y hombres públicos, que se creen en la necesidad de decir lo contrario de lo que sienten y saben que mañana serán acusados de encubridores de la verdad y engañadores del pueblo.

Tan divorciados como en Rusia, lo están en Francia los hechos y las palabras, la masa del país y sus representantes. Es una situación que se mantiene en equilibrio por la fuerza de la costumbre, pero que cualquier tropiezo puede derrumbar.

Inglaterra, la gran señora de estirpe de dominadores, ha sabido conservar su ecuanimidad en estos momentos de prueba. Es la única que reconoce los

contratiempos, la única que no se satisface con puerilidades e ilusiones, la única que se apresta de frente a luchar contra el peligro, y la única que se preocupa de las consecuencias de una guerra desgraciada. Inglaterra ha sido y es el enemigo universal, el adversario más temible de todas las naciones, sin excepción, pero hay que reconocer que posee cualidades que la hacen superior a los más de los pueblos. Está habituada al mando y al gobierno, y esto le da una firmeza moral y una serenidad que apenas se encuentran en ninguna otra parte. Gracias a ellas, Inglaterra no tendrá que lamentar, en caso de derrota, los sinsabores de sus aliados.

III.—¿Tentativas de paz?

Atribuyéndolas a Alemania, han circulado estos días por la prensa especies sobre el ofrecimiento de la paz a Rusia, en condiciones favorables a ésta. El lector obrará bien si niega crédito a esos rumores y a otros que no tardarán en rodar por los periódicos aliados. No han transcurrido muchas semanas desde que el Gobierno del Czar desoyó las insinuaciones de Berlín. Ahora Alemania va a buscar la paz, pero no en las cancillerías, sino en el corazón del enemigo; ha tenido que realizar grandes sacrificios, y está resuelta a obtener un precio más que remunerador; va a ser inexorable, si la suerte no la abandona.

También Francia rechazó, hace cerca de un año, el acuerdo con Alemania. No se repetirán las tentativas. Fué posible la paz antes de intervenir Italia; ahora ya no lo es. Las armas tienen la palabra, y no cesarán de ejercer su acción exterminadora hasta que uno clame misericordia, y se rinda a discreción.

Por anómalo que parezca el caso, la paz prematura más probable es entre Inglaterra y Alemania, entre Austria y Serbia. Todavía es pronto, pero antes de fin de año se presentarán circunstancias que tal vez den realidad a estos indicios. Entre tanto, la guerra ha de continuar con todos sus horrores y desgracias.

IV.—Otra guerra

Era de prever, porque cuando una nación se lanza voluntariamente a una guerra a la que no ha sido provocada, es difícil que se detenga a mitad del camino: Italia ha declarado la guerra a Turquía. De ello hay que inferir que el futuro reparto de Siria y Palestina es uno de los principales cebos que los gobernantes de Londres y París pasean por las cortes balcánicas, y que Italia no ha querido llegar tarde cuando suene la hora del festín. ¿Enviará Italia un contingente de tropas a los Dardanelos, cuando no puede en sus propias fronteras vencer la resistencia austriaca? Más bien parece que se trata de ejercer nueva presión sobre Bulgaria, para obligarla a combatir al lado de los aliados. Es un acto más de la tragicomedia de la defensa de la neutralidad de Bélgica.

F. LARÍN.

SI ALEMANIA VENCIERA...

VI.—Los países neutrales

Imaginar que Alemania, si venciera, se mostraría generosa con los países neutrales y les entregaría territorios y colonias a expensas de los vencidos, es una candidez o un sueño. No se ha visto en peligro de ser borrada del mapa, ni ha derramado a torrentes su sangre y energías para, cual nuevo Don Quijote, desacer entuertos y mostrarse generosa, sin obligación de serlo. Se le ha mostrado tan descarnadamente la realidad, han aparecido contra ella tantos enemigos no sospechados, se ha convencido de la tibieza de tantas amistades que creía sólidas, y ha visto cuajarse la tempestad con tal rapidez y violencia, que, llevada por el instinto de la propia conservación, ha de procurar que una futura conspiración sea más difícil de fraguar, y a este efecto enderezará su acción internacional a conseguir que el nuevo equilibrio mundial se obtenga a expensas de sus enemigos; el resultado será que unos países saldrán gananciosos, perjudicados otros, y como están algunos, sin que en ello intervengan otros móviles y fines que las propias conveniencias del Imperio.

¿Cómo debilitar para muchos años la situación internacional de sus actuales adversarios? Primero, mutilando a los unos a expensas de los otros, como se ha explicado en anteriores artículos; segundo, haciendo que los intereses de los neutrales sean antagónicos con los de las Potencias aisladas. Examinemos brevemente cada uno de los casos.

Suecia ha sido la amiga más sincera y desinteresada de Alemania; dominando la entrada y la mitad del Báltico, su actitud, en un conflicto futuro, podría ser decisiva. Hay que ponerla enfrente de Rusia; hacerla enemiga irreconciliable del imperio del Norte, y a este fin, se le ha de reincorporar la Finlandia y acaso algo más. Conviene que prepondere sobre Noruega, más inclinada a Inglaterra, esto es, que se rompa el equilibrio de Escandinavia a favor de Suecia.

¡Cuánto daría Alemania por trocar a Dinamarca en reino autónomo de la Confederación! No lo intentará por la fuerza, convencida como se halla de que esta opresión introduciría en Alemania un síntoma disolvente; la consecución de aquel ideal se dejará a la obra del tiempo. Entretanto, Dinamarca será respetada, estrechándose más los lazos económicos entre las dos naciones.

Bulgaria, que ha sabido conservar una posición equívoca en esta guerra, favoreciendo a los imperios centrales sin que los aliados perdieran la esperanza de atraerla a su campo, es el representante en los Balkanes de la política alemana anti-eslava. Contando con Bulgaria, ni hay que temer que se desmande Rumanía, ni que Serbia se haga de hecho la dueña de la península; pero, al mismo tiempo, ha de evitarse que Bulgaria se ponga en estado de volar sola y sacudir toda tutela. Ensanchará su territorio a expensas de Turquía—que cobrará este sacrificio en Asia—, de Serbia y de Rumanía. Pero subsistirá Serbia, porque es conveniente que continúe un pueblo inquieto y díscolo que inspire recelos a sus vecinos, aunque se le cortarán las uñas para que Austria-

Hungría pueda vivir en paz. Constantinopla no dejará de ser turca; es la única manera de que ni Rusia, ni Bulgaria, ni ninguna otra gran potencia ocupe los Dardanelos, la mejor y más favorecida puerta



General Aleixieiev, comandante en jefe del ejército ruso derrotado en Polonia

de Asia; ya que no sea alemana, que no cese de pertenecer a quien, por conservarla, necesite de la protección de Berlín.

También Grecia saldrá favorecida si contrae una alianza con los imperios centrales. El Egeo y el litoral del Asia Menor están ahora, prácticamente, en poder de los aliados. Se ha de desalojar a Italia y a la Gran Bretaña, y formar allí bases navales que restablezcan el equilibrio del Mediterráneo.

La cuestión de Rumanía es una de las más difíciles. Devolviéndole la Besarabia se la indisponen para muchísimos años con Rusia; pero si ahora, con sus menores fuerzas actuales, se ha atrevido a amenazar a Austria y ha sido constante motivo de pesadilla para Alemania ¿qué sucedería si extendía sus fronteras? Lo más indicado es ponerla en situación de impotencia para con Austria y de rivalidad manifiesta con Rusia. A este efecto, convendría rectificar la frontera de la Bukovina con ventaja para Austria, compensando a Rumanía con la anexión de una parte de la Besarabia; por el Sur, Bulgaria volvería a recobrar la orilla derecha del Danubio. Austria ha palpado cuán artificiosas y débiles eran sus fronteras de Galizia y Bukovina; Rusia y Rumanía sufrirán las consecuencias de este descubrimiento.

Holanda se encuentra en un caso parecido al de Dinamarca. Le confía al tiempo la labor de absorción. Entre tanto, tiene que hacer el sacrificio de la margen izquierda del Escalda, aguas abajo de Amberes, resarciéndose con el aumento de su poderío colonial, pagando Inglaterra.

La política alemana en Asia es conocida de anti-

guo: tiende al resurgimiento de la China, para poner un freno a la acción de Rusia, Japón, Inglaterra, Francia... ¿Estados Unidos? Se dará grande impulso a esta política, y pronto el Japón tendrá que pensar en defenderse, en lugar de soñar con intervenir en los negocios europeos. ¿Tanta es su civilización que puede permitirse esas aspiraciones? Pero hay que ponerse en estado de apoyar a la China de un modo más práctico que hasta aquí, y el mejor es extender la influencia alemana por tierra, a través de Siria, de Mesopotamia, de Persia, y reforzar el Afganistán para que se alce con entereza ante la Gran Bretaña y se atraiga a las provincias occidentales de la India. Se minará la influencia y supremacía rusa en Mongolia. Y contra Japón, para quien se reservan en lo futuro todos los rigores del furor teutónico, se esgrimirá a los Estados Unidos; pero esto requiere capítulo aparte.

Portugal se encuentra en una posición anómala: ni puede decirse que es neutral, ni tampoco que es enemigo declarado de Alemania. Sus colonias están destinadas a desaparecer; se cobijarán bajo otros pabellones. Con todo, no es esto lo interesante. Gracias a Portugal, el occidente europeo y las costas del Atlántico son un feudo británico, e Inglaterra tiene asegurada la desembocadura del Mediterráneo. Portugal puede ser, y será, la manzana de la discordia entre las Potencias occidentales, y las desavenencias entre ellas se traducirían en mayor estabilidad de la hegemonía alemana. Allí se dirigirán los apetitos de los vencidos, y en aquella flamante República acaso encuentre Alemania la semilla que



La señorita Tyłscinin, que se alistó como soldado voluntario en las filas rusas; herida en la cabeza, fué condecorada con la medalla de San Jorge

haga brotar un nuevo aliado para su causa, que es lo mismo que decir un futuro adversario de Francia e Inglaterra, de Inglaterra, sobre todo. La discreción

y la prudencia obligan a detener la pluma y poner punto. Insistamos, sin embargo, en afirmar que Portugal será pronto uno de los objetivos principales de la política europea.

¿Se tolerará que Inglaterra siga siendo la dueña de la entrada en el Mediterráneo? En modo alguno. ¿Convendrá entregar las dos llaves del estrecho a una misma Potencia, con cuya amistad no pueda contarse incondicionalmente? Tampoco. ¿Ocupará Alemania una de ellas, enagenándose la simpatía de un pueblo y empujándolo al lado de Francia? Menos aún. ¿Qué hacer? Más vale no disertar sobre este punto, cuyo desenlace está ligado estrechamente con la cuestión de las costas del N. y N. O. de África. Poco ha de vivir quien no lo vea.

Véase a qué modificaciones tan profundas está expuesta la división política del mundo, y qué giros tan nuevos e inesperados puede tomar la orientación de cada pueblo. Pero para que la conmoción llegue hasta sus últimos límites, no basta ni que Rusia sea vencida, ni aplastada Francia, ni deshecha Italia: es menester que Inglaterra sea definitiva y completamente derrotada; y los acontecimientos no llevan esta marcha. Inglaterra saldrá quebrantada, perderá su reputación mundial, se acabará su dominio en todos los mares y todos los continentes; pero conservará mucha fuerza, continuará en posesión de las

ser reforzadas por la llegada del contingente maori, descendientes directos de los antecesores más caballerescos y guerreros, para quienes el *poaka-roa* o



Entrada en Strij del ejército del general Lissingen

«larga pipa», como denominaban a una tibia humana, era una golosina muy apreciada...

—¡Bien por los maoris, y por sus suegros!

(El señor A).—¡Calle, don Subrio! Creímos que ya no vendría V...



Restos de un aeroplano inglés, derribado en Flandes por la artillería alemana

principales fuentes de energía. ¡Quién sabe si su diplomacia, supremamente astuta, conseguirá una alianza con Alemania! El programa no tendrá entero desarrollo, pero las aspiraciones alemanas lo tienen enfocado, y marcharán en su cumplimiento hasta donde posible sea.

.....

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El arte de quedarse en casa

(El señor B., leyendo).—.... «Las fuerzas británicas de todos colores que hay en Gallípoli, acaban de

(El señor B.).—.... y nos holgábamos leyendo una carta de un corresponsal inglés en los Dardanelos a su periódico.

—¡Adelante con los faroles! Todo lo inglés me hace mucha gracia.

(El señor B., leyendo).—«Estos hombres, que han desembarcado en Gaba Tepe, son las primeras tropas polinesias que han cruzado el mar para combatir por la madre patria...»

—¿Conque de buenas a primeras me sueltan ustedes esta descarga? ¡Inglaterra la madre de los maoris, de los antropófagos! Eso es peor que los gases asfixiantes.

(El señor A).—¿Nos dejará V. leer en paz, don Subrio?

(El señor B., leyendo)—«... y si el espíritu de sus antepasados aún vive en ellos, se portarán bien...»

—Es decir ¿que se comerán a los turcos? ¡Oh, dulce y paternal civilización inglesa! ¡Cuán suaves son tus costumbres hijas del derecho y madres de los maoris! ¡No en balde Albión blasona de proteger a los oprimidos! ¡Quiere evitar el gasto de enterramiento de los turcos!

(El señor B., doblando el periódico).—¡Ea! ¡No leo más! Este don Subrio la ha tomado con los ingleses, y a cualquier cosa le saca punta.

(El señor A).—¡Cálmese V., señor B! ¿Todavía duda V. de la victoria de los rusos, don Subrio? ¡Me parece que la situación no puede estar más clara!

—¡Sobre todo en las filas moskovitas! ¡Cuidado que se han aclarado!

(El señor A).—¿Qué quiere V. decir?

—¡Nada! Mé acordaba del número de rusos que han encontrado hospedaje en Alemania.

(El señor A).—¡Soldados, simples soldados! Rusia tiene muchos millones de ellos; en cambio, ya sabe V. que los alemanes apenas cogen oficiales.

—¡Naturalmente! ¡Como que se han acabado!

(El señor B).—¿No significa nada, para V., esa soberbia retirada, que pondrá a los alemanes en el caso de Napoleón, en 1812? ¡Es la victoria segura!

—¿Podría V. explicarme, señor B., por qué los rusos, si ese es el camino del triunfo, no empezaron por ahí en 1914? Primero quisieron triunfar ejerciendo de rodillo, y sus aliados les jaleaban y nos dieron la lata: como recuerdo quedan aquellos dibujos franceses, que sirvieron para que unos cuantos caricaturistas se pusieran en ridículo. Ahora, van a la victoria imitando a las liebres. ¿En qué quedamos?

(El señor A).—¡Por todas partes se va a Roma!

—Eso era antes, cuando no había submarinos. Otra cosa tampoco comprendo. Si los rusos hubiesen llegado a la capital de Hungría, que no es plaza fuerte, su victoria fuera un hecho; pero la conquista de la poderosamente fortificada capital de Polonia, no merece una simple mención.

(El señor A).—¡Porque las circunstancias son muy diferentes!

—Diga V. que todo es relativo: el que en un naufragio pierde su fortuna y conserva la vida, se considera afortunado; a quien se le desploma una casa encima y sólo le rompe un hueso, se le llama hombre de suerte. Esa es la fortuna de los rusos. En cambio, el que sale a cazar leones, y sólo cobra panteras, se le dice desgraciado. Esa es la desgracia de los alemanes. Pero conste que no tienen la culpa: creían cazar leones, y han tropezado con algo muy diferente...

(El señor B).—¿Con qué?

—¡Bah! Ya lo sabe V.: con estrategias, literatos, periodistas, cupletistas, oradores, estilistas, y demás plagas de la época. ¡Cómo vencer a tales moscas! Es claro que no les impedirán hacer lo que se les antoje, pero ¡cuánto zumbido y cuánta molestia! Menos mal, que la flema alemana está a prueba de parásitos e insectos.

(El señor A).—¡No nos desprecie V. tanto, don Subrio, que la guerra aún no ha terminado!

—Ni falta que hace para que me rezume la razón por los poros.

(El señor A).—De suerte que ¿los franceses, ru-

sos.... no merecen más que el dictado despreciativo de insectos?

—¡Libreme Dios de pensar tal enormidad! Todos los que se batan son héroes, cualquiera que sea la bandera que les cobija. Yo llamo insectos y parásitos a los que se obstinan en poner en ridículo, con sus majaderías, a los ejércitos. ¿No obrarían mejor si callaran, permitiendo que la grandeza trágica de la guerra no tomara aspectos sainetescos? ¿Para cuándo se deja de aplicar el adagio árabe «..... y el silencio es oro»?

(El señor B).—¿No aludirá V. a mister Lloyd George?

—¿Quién? ¿El gran....?

(El señor B).—¡Delira V., don Subrio! ¿Se hubiera podido organizar la fabricación de municiones en Inglaterra, sin los discursos de Lloyd George?

—¿Se ha organizado ya? ¿Funcionan ya las fábricas y los talleres?

(El señor A).—Camino de eso vamos; todo requiere tiempo.

—Les oigo a Vds. y me hago cruces. Les tenía por cándidos y sencillos, pero por ciegos, no. Miran Vds. y no ven.

(El señor B).—¡Todo se quedará en palabras, como siempre!

—Acaba V. de decir una gran verdad y de poner el dedo en la llaga. Va V. a juzgar por sí mismo, a condición de que no me interrumpa; el señor A. responderá, y le ruego lo haga con franqueza.

(El señor A).—Soy todo oídos, aunque comienzo a escamarme.

—No tema V. ¿Recuerdan Vds. lo que ocurrió en Inglaterra después de la batalla de Mons, reproducido con más intensidad a raíz del fracaso de la ofensiva francesa en la Champaña?

(El señor A).—¡No, la verdad, no sé a qué alude usted!

—En ambas ocasiones, Francia y Rusia volvieron sus ojos hacia Inglaterra: se necesitaban más soldados, y la única nación que los podía dar era la Gran Bretaña. Entonces, ésta anunció el reclutamiento de dos millones de hombres. Para hacer boca, tendió sus redes por Asia, Australia y Canadá, y despachó un golpe de tropas abigarradas a los Dardanelos, arrastrando tras de sí a Francia. Con todo, el clamoreo continuó: ¡soldados, más soldados! No se les veía por ninguna parte; en Inglaterra, los hombres se llamaban andana, y la tentativa del servicio obligatorio fracasó como los rusos, en todas partes. ¿Es cierto o no, señor A?

(El señor A).—¡Verdad es! ¿Por qué ocultarlo?

—¿Cómo quedar bien? ¿De qué expediente se echaría mano para que los rusos y los franceses siguieran sacrificándose, sin echar nada en cara a los ingleses? ¿No sería posible continuar los negocios comerciales, sin molestia, sin reproches, y dejar al país libre de las cargas y pesadumbres de la guerra? Para algo ha dado Dios el talento a los hombres, y si estos hombres son ingleses, el talento ha de servirles para mover a los demás, sin perjuicio propio. Y discurren un comodín, una especie de engaña-aliados y neutrales. ¡No tenemos municiones, nos faltan municiones! ¿Qué haremos con más soldados, si carecemos de balas y granadas? ¡Tengamos municiones, que los hombres vendrán luego! ¡Es claro! Lo

primero fué encontrar fábricas y organizar el trabajo en ellas. Para que se enteraran mejor en Francia y Rusia de los buenos propósitos de ultra-Mancha o ultra-Manga, el famoso Lloyd George, a la cabeza de un flamante Ministerio, se dedicó a predicar a los obreros y a los patronos, para convencerles de que debían organizarse.....

(El señor B).—¡Admirable libertad británica, que lo fía todo a la persuasión y no a la orden despótica, como en Alemania!

—¡Sí! ¡Espléndida libertad británica, puramente *ad usum Britannia*; porque la pagan con su sangre miles y miles de rusos y franceses! Mientras en Inglaterra se organiza la fabricación de municiones por la persuasión y por el aumento de los salarios, y toma parte en ella quien quiere y el que le conviene, los hijos de Francia y de Rusia son enviados al combate por órdenes tan despóticas—según usted dice—como las del Kaiser. ¡A los unos se les ruega y se les paga, a los otros se les obliga! ¡Oh, insigne derecho, santa igualdad y magna justicia!

(El señor A).—¡Me impresiona V., don Subriol Prosiga V.

—¡Pues, bien! A cubierto de la falta de municiones, los britanos empujan a Rusia; no les importa que sucumba: el caso es que mueran alemanes; exigen a Francia, amenazan a Bulgaria, Rumanía, Grecia.... ¡Y ellos se organizan tan ricamente, tan descansadamente! Ahora, una pregunta, señor B: ¿va muy adelantada esa labor?

(El señor B).—El problema de las municiones es muy difícil; requiere tiempo y obreros especiales; Inglaterra no estaba preparada.....

—Pues si no lo estaba ¿por qué precipitó a los demás a la guerra? Si no tenía medios con que auxiliarles ¿por qué les prometió una ayuda que no les podía dar? Es verdad que ha limpiado el mar de barcos alemanes, pero tampoco navegan los franceses ni los rusos. ¡Todo el comercio para Inglaterra! ¡Qué amigos tienes, Benito! ¿Saben Vds. cuándo Inglaterra comenzará a disponer de municiones?

(El señor B).—¡Pronto, muy pronto!

—¡Sí! El día que se firme la paz. ¡Qué lástima! exclamará entonces, ¡ahora que yo hubiera decidido la guerra! Y habrá resuelto el problema de no hacer nada, de dejar arruinadas y exangües a Alemania, Rusia, Austria, Francia, Italia, Turquía..... al mundo entero....., sin haber perdido ella un adarme de su fuerza. ¡Problema hermoso, resuelto con el concurso de los embaucadores que poseen el arte de disfrazar los hechos con cuatro tópicos bien manejados!

SUBRIO ESCÁPULA

COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

A retaguardia del ejército en campaña.

IX

El Servicio de Sanidad

El servicio de sanidad es otro ramo del servicio de etapas, que tiene por principal objeto prestar auxilio inmediato a los heridos que caen en los campos de batalla. Para tener una idea de la manera

cómo en el ejército alemán se llena, acompáñeme el lector entendido desde la arena de la lucha hasta los hospitales de Alemania, en una ojeada rápida de conjunto.

Las compañías de sanidad están destinadas a buscar y recoger a los heridos, a prestarles los primeros auxilios donde los hallen y transportarlos al lugar de vendajes. Se componen de camilleros y el servicio de coches, al mando de oficiales, por otra parte el personal médico suficiente, todo bajo las órdenes de un médico de jefe. Carros y coches para enfermos, de sanidad, de botiquín y de provisiones, sirven para llenar su cometido. Muy a menudo ayudan también perros adiestrados, pues en la obscuridad de la noche (el servicio de día es muy peligroso, atendido a que el enemigo dispara sobre lo que bulle, sin darse tiempo a discernir de qué o de quién se trata) no alcanzan los humanos sentidos a dar con los caídos en zanjas, quebrados, matorrales, etcétera, en tanto que los perros suelen descubrirlos con relativa facilidad. Historias maravillosas se cuentan de estos entendidos animales.

Todos aquellos heridos para los cuales un vendaje sencillo o un reposo ligero no basta a dejarlos otra vez aptos para el combate, son transportados lo más pronto posible a los lazaretos de campaña. Cada cuerpo de ejército cuenta con un cierto número de éstos. Un lazareto de campaña es móvil y sigue al ejército a una distancia prudente del frente. Uno de ellos cuenta con nueve carros, cargados con todo lo necesario para la atención de unos 400 heridos: vendajes e instrumentos y utensilios quirúrgicos, aparatos esterilizadores, medicamentos, etc.; para no contar la ropa, mantas, colchones y aditamentos semejantes; alimentos, como leche esterilizada, cacao, pan.—Anuncianse heridos, se apodera el servicio de un castillo, una escuela amplia o, si no hay más, de casas comunes, aun casuchas de trabajadores. El cuarto más limpio hace de sala de operaciones. Médicos militares, empleados especiales, servicio sanitario y demás subalternos se ponen en acción. Empieza ésta por la requisición de camas, colchones, mesas, sillas y cuanta comodidad se puede hallar en la población, para hacer a los heridos la más agradable y, sobre todo, salubre residencia. Arréglanse los edificios destinados al efecto lo mejor posible. Ahora hay que curar a los heridos, llevar a cabo las operaciones indispensables, a los que las han menester, asegurar reposo a todos y ponerlos, en fin, en condiciones de continuar su marcha con rumbo a la patria, donde habrán de acabar su curación. Pues hay que tener de continuo lugar suficiente para nuevos heridos, que pueden venir de un momento a otro.

Aquí entra en actividad el personal sanitario de etapas, bajo las órdenes del Médico de etapas. Su asiento está unido, en cuanto es factible al de los demás servicios de etapas, con objeto de ayudarse mutuamente con el mayor ahorro de fuerzas, en sus múltiples tareas. Su lazareto se llama *de guerra*. Su actividad comprende el transporte de heridos de los lazaretos de campaña, el abastecimiento de éstos y de las compañías de sanidad con los útiles, medicamentos y víveres necesarios así como el transporte de los heridos graves hasta más allá de las fronteras, donde con mejores medios y más cuidadosa aten-

ción en los hospitales del país, en balnearios y lugares a propósito, puedan recobrar lentamente las fuerzas perdidas, la salud quebrantada y, en cuanto cabe, la aptitud física para dedicarse de nuevo a la defensa de la patria. Una tarea de gran importancia, de que se hablará después, consiste en la adaptación de los métodos de higiene modernos para la conservación de la salud de los soldados en campaña.

Para el transporte de heridos cuenta el servicio sanitario con dos clases de coches: los coches lazaretos y los de la Cruz Roja. Los primeros son espaciosos y tienen 12 camas cada uno, donde otros tantos heridos caben cómodamente; llevando asimismo un

hasta elegancia, si cabe. En su mayor número trátase de carros especiales que en todo tiempo existen destinados al mismo uso; pero no hay pocos entre ellos que fueran en paz ómnibus en las calles de Berlín, arreglados y reformados para el caso.

El lazareto principal está instalado en el hospital de la ciudad, gozando así de todas las comodidades deseables. En el noble vestíbulo del edificio hace guardia majestuoso un león de bronce. En la cabeza, enclavada, a guisa de flecha, ostenta una banderilla de trapo los colores negro, blanco y rojo; lo cual indica que la obra de amor y caridad en el establecimiento la cumplen, por el proto, manos ger-

mánicas. La sala central es grande, conteniendo hasta 180 camas, de las cuales 60 están ocupadas por enfermos, los más alemanes, tres belgas, cinco franceses, dos británicos y dos rusos. Uno de los franceses tiene la herida de una bala, que penetrándole por un hombro, salió por la cadera; otro recibió la bala en el parietal derecho, saliendo ésta por el occipital. Su aspecto es lamentable, su faz pálida que se confundiera con las sábanas a no ser por el color algo quemado de la tez, lo demacrado y enjuto de sus carnes sin sangre me hacen pensar que va a morir. Mas el doctor asegura con firmeza que sanará; llama al enfermo en buen francés y le pregunta si quiere volver a la guerra, a lo cual el herido responde abriendo los ojos, paseando sus pupilas por las órbitas de éstos, para volverlos a cerrar al llegar al extremo opuesto, sin mover en lo más mínimo la cabeza misma. Muchos hay que han perdido un brazo, una pierna, todos resignados, en cuanto los dolores les permiten pensar en su desgracia. Hay un muchacho grande y fuerte—al parecer—con pequeños ojos bobos café-claros, del Rhin, que trabajaba antes en una fábrica. Ha perdido el brazo derecho y ejercita con ahinco la otra mano haciendo dobleces paralelos en la sábana. Llegados a él, levanta los ojos. Si le preguntamos qué



Cañón francés de campaña en posición de fuego, con la escala-observatorio

hace, contesta que ejercita la mano que le queda, para poder ocuparse en algo más tarde, con que poder nutrir a su mujer, una muchacha muy joven, con quien casó pocos meses antes de la guerra. Quisiera poder escribir, pero los dolores del brazo derecho no le dejan todavía sentarse a practicar la escritura; sin embargo, ya ha hecho grandes progresos, y nos muestra la agilidad presunta que han alcanzado sus dedos. Lo mejor sería poder manejar un fusil, pero le han dicho que no ha de volver al frente. Termina con un hondo suspiro. Nosotros nos retiramos prudentemente, que no hay conversación más difícil que la que se lleva con un inválido para quien la razón de sér se basa en la integridad de sus fuerzas. Varios heridos cuentan

completo servicio para prestar a éstos las atenciones indispensables durante el trayecto. Los otros, que sirven para heridos de gravedad menor o que pueden ir sentados, llevan seis asientos. Los unos, como los otros son automóviles. Efectivamente, el uso de coches de tiro se reduce al que hacen las compañías de sanidad, las cuales tienen a las veces que caminar más que por caminos, por campos, montes y colinas. Por lo demás, sólo se usa de automóviles, que gozan de las ventajas de una velocidad mayor,—requisito muy deseable tratándose de la atención de enfermos,—y de un movimiento más uniforme y menos incómodo para el paciente que va en su interior. Los que en Saint Quentin vemos nos llenan de contentamiento, atendida su limpieza esmerada y

minuto por minuto los que les restan de vida, fijos los ojos agonizantes en la imagen de María Santísima que cuelga del muro del salón. Frente a frente cuelga otro cuadro de mayores dimensiones. Es una pintura al óleo que representa la toma de Saint Quentin por los españoles el 29 de agosto de 1557.

En el corredor nos encontramos con un sacerdote católico, francés, que ha obtenido de las autoridades alemanas permiso de ayudar a bien morir a sus compatriotas moribundos y de pedir a Dios por el descanso del alma de todos los que mueren, sin distinción de razas, ni idiomas.

Aún visitamos otras salas de enfermos, todas en las mejores condiciones, y en todas se repiten las escenas tristes y conmovedoras de los que luchan con la muerte, sin tener razón para desear abandonar la vida.

El capitán Monn, uno de nuestros guías, invítanos ahora a aceptar algunas postales de la guerra y, sobre todo, algunos ejemplares de las publicaciones en francés editadas por alemanes y de que él mismo es redactor asiduo. No sin cierto orgullo nos los presenta, haciendo algunas observaciones de detalle sobre impresión y redacción. Y, tras de alabar su tarea, le abandonamos para visitar la botica.

Guiados por el capitán médico militar, a cuyo cargo está, penetramos en el almacén. De sus labios escuchamos una especie de introducción o de preámbulo que, publicada, bien pudiera llevar el título de una conferencia sobre el servicio sanitario. Más de uno de los corresponsales civiles intenta en vano ocultar el cansancio producido por la arenga; por nuestra parte, los militares, nos consideramos felices de oír de persona práctica una explicación clara y concisa del funcionamiento de institución tan importante. Al fin nos dirigimos a los almacenes mismos. El capitán nos asegura tener medicamentos por valor de más de cuatro millones de marcos. El botiquín encontrado en Amberes lo tienen allí. Pero todo su orgullo consiste en las ampollitas. Y se funda en que ellos mismos las pueden fabricar ya en sus laboratorios de Saint Quentin, obteniendo así una gran economía.

En el piso inferior, encuéntrase de seis a ocho hermanas de la Cruz Roja preparándolas y empacándolas convenientemente en cajas. Su contenido es de sueros inyectables antiepidémicos. La importancia que el médico da a sus ampollitas no es exagerada. Prodigiosos son los resultados que los higienistas alemanes han obtenido durante esta guerra, que es y ha sido siempre la piedra de toque de la ciencia higiénica.

Conocido es por demás, que las tropas en campaña tienen que luchar, fuera del ejército humano que combaten, con el no menos poderoso de micro-

organismos causantes o transmisores de epidemias. En efecto, el organismo humano expuesto a la intemperie y a las fatigas, muy a menudo mal alimentado y haciendo esfuerzos exagerados ofrece poca resistencia a la acción de los microbios, cuya propagación facilita y fomenta la acumulación de muchos soldados y lo insalubre de los lugares en que las luchas se desarrollan o en que toman su asiento los campamentos: frecuentemente inundados o abundantes de cadáveres en descomposición. No pocas campañas que cuenta la historia fracasaron tan sólo en los ataques de pestes, enfermedades y epidemias, antes que en los del contrincante. En 1870, durante la guerra franco-prusiana, murieron de tifus varias decenas de miles de soldados, y no fué un nú-



Los ocios del ejército francés, detrás del frente de batalla

mero despreciable el que arrastraron otras múltiples enfermedades. En la guerra actual, muy por el contrario, no se ha dado del lado alemán el caso de una epidemia; ni aún de cólera, a pesar de tener que internarse en territorio ruso, donde su existencia y estragos no son para nadie un misterio. El número de víctimas de otras enfermedades es tan insignificante, que desaparece en el inmenso de los combatientes. En las luchas en los Cárpatos y en Prusia Oriental, por ejemplo, a pesar de los rigores del frío, es insignificante el número de casos registrados de heladas totales, de miembros helados, de resfriamientos, reumatismos, etc. Aun aquellas epidemias, contra las cuales no existe vacuna alguna, como disentería y otras, no han llegado a constituir un peligro

No faltan personas que atribuyan resultados tan gratos a la creciente resistencia del hombre moderno. Discútase lo que se quiera sobre esta tesis, indudable me parece que su causa principal es, ante todo, el perfeccionamiento de los métodos e instituciones higiénicos. El vestido adecuado, la alimentación higiénica, científicamente preparada y medida y las ampollitas de que mi capitán tanto se enorgullecía, son las causas fundamentadas de mayor importancia.

Luego nos conducen al departamento donde se prepara el vendaje. Es de ver cómo el número de oficiales que nos acompaña aumenta repentinamente. Nuestra extrañeza ante tal incremento, va a encontrar luego una explicación: en el taller trabajan más de 200 hermanas de la Cruz Roja. Cortan, enrollan, preparan las vendas; envuélvenlas y empaquetan. Pero sus manos han alcanzado ya tanta agilidad, que bien pueden dedicar de vez en cuando sus ojos juveniles a coquetear con los oficiales de nuestro acompañamiento, en tanto que nosotros observamos la trama de las telas y otros detalles que el director se servía darnos con una amabilidad exquisita.

Aquí se produce el material que en mayor cantidad se envía en dirección del frente de la lucha. Desde aquí se abastecen los lazaretos de campaña y las compañías de sanidad.

J. C. GUERRERO

Primavera de 1915.

LA EXPANSIÓN TERRITORIAL DE LA GRAN BRETAÑA EN LA ÚLTIMA CENTURIA

Desde 1815 a 1915, el imperio británico ha adquirido un desarrollo prodigioso, más sorprendente aún que el de Alejandro y el de los emperadores romanos. Pero, caso admirable y único en la historia del mundo, Inglaterra no ha reportado estas ventajas como consecuencia de campañas afortunadas, ni siquiera llevando sus armas a países habitados por pueblos primitivos sumidos en la barbarie; fuera de una porción de África, las demás presas las conquistó a expensas de otras naciones que iban declinando. No tuvo necesidad de reñir con ellas, lo que inevitablemente desangra y empobrece; le bastó aprovecharse de las rivalidades y luchas ajenas para, ora apoyándose en uno, ora favoreciendo al otro, quedarse con lo mejor y más saneado de todos. Aparte de la guerra de Crimea, donde intervino un ejército británico escaso en número y material, la Gran Bretaña no ha sostenido, en la centuria pasada, guerras contra naciones civilizadas; sus campañas han sido invariablemente coloniales, y para ejecutarlas se valió en gran parte de elementos y fuerzas sacados de otras colonias. El poderoso imperio ha gobernado al mundo con su cabeza y su dinero, sin sacar la espada, prevaleciéndose de las torpezas ajenas y de los conflictos que se suscitaban entre unos y otros Estados.

He aquí la lista de las adquisiciones británicas en el período mencionado:

Poseía en la India, en 1815, las provincias de Bengala, Delhi, Madrás, Pondichery, Bombay y la isla de Ceylán. Hoy tiene toda la India, incluso el Beluchistan, hasta las fronteras del Afghanistan,

Persia, Rusia y China, comprendiendo el Thibet. El número de sus súbditos indostánicos ha pasado de 100 millones a más de 300 millones. Esta labor de expansión comenzó inmediatamente de terminar el poderío napoleónico.

Singapoor y la mitad de la península de Malaca, los archipiélagos de Andam y Nikobe, la isla de Cocos, las islas Lakadivas, Maldivas y Tchagos; el territorio de Labuan y Hong-Kong, completan la lista de las adquisiciones en Asia.

En Oceanía, sólo estaba en poder de los ingleses una bahía cerca de Sidney y la isla de van Diemen. Las conquistas se han extendido a toda la Australia, Nueva Zelanda, la mitad de Nueva Guinea, los archipiélagos de Norfolk, Salomón, Tonga, Cook, Fidji y otros.

En África, pertenecían a los ingleses la colonia del Cabo, las islas de Santa Elena y Ascensión, las islas Mauricio, Almirante y Seychelles y tres puntos de la costa occidental, al N. del Ecuador: Bathurst, Freetown y Coast Castle. Ahora, más de la mitad de África es inglesa: a los nombres anteriores hay que añadir: Sierra Leona, Costa de Oro, Nigeria, bahía Walfish, islas de Tristán da Cunha y la isla de Guano, en el África occidental. En la meridional, el Transvaal, Betschuana, Matabeles y el África central inglesa; y en el E., el África oriental inglesa, Zanzibar, Somalis, el Egipto y el Sudán egipcio. Dominando la entrada al mar Rojo, posee Aden, en Arabia, y Perin, en África, y la isla de Sokotra en el centro.

Finalmente, en Europa, se apoderó de la isla de Chipre, excelente base naval contra el Asia menor y para defender el canal de Suez.

Desde agosto de 1914, han pasado a sus manos todas las posesiones alemanas en Oceanía y el África occidental alemana, además de varias islas del Egeo.

Si en un mapa-mundi se colocan del mismo tono todas las colonias y posesiones británicas, se comprenderá desde luego el inmenso poderío de Inglaterra, causa la más segura de su ruina cuando llegue la hora de la declinación; pero lo que más sorprende es la situación de sus territorios e islas; porque dominan todas las rutas marítimas del mundo, y los mares están sembrados de bases navales para el servicio de las flotas británicas. Si éstas desaparecen un día bajo las olas, el imperio colonial se derrumbará como un castillo de naipes al soplo de cualquier atrevido.

¿Puede perdurar una grandeza de la que no hay ejemplo en la historia? Mucho ha hecho Inglaterra por la civilización, no ha de negarse; pero hace largos años que el tronco, antes vigoroso, se ha secado y está marchitándose. Ha entrado la fiebre puramente material, de las riquezas y el placer, y por consiguiente se aproxima el momento de la decadencia; la catástrofe estará en armonía con la magnitud del poderío.

Al choque de una civilización más pura y menos egoísta, Inglaterra no ha sabido o no ha podido responder más que apretando los resortes materiales. ¡Síntoma fatal! No sin terror repasará la historia de todos los grandes pueblos que fueron. Sin grave quebranto saldrá de la presente contienda, pero su espíritu, el alma que vivificaba el imperio ha mostrado demasiado al descubierto las miserias que la

corroen, y el aglutinante ha perdido su fuerza principal. La generación que ahora empieza, presenciara el hundimiento de la que todavía es señora del mundo. Acompañela nuestro respeto—sobreponiéndose a nuestras heridas nacionales—porque, mejor o peor, habrá realizado su misión histórica.

.....

CRÓNICA MILITAR

I. Inferioridad moral de los aliados cuando comienza la campaña.—II. Situación peligrosa del ejército británico en Francia.—III. Kovno y Novo-Georgievsk.—IV. ¿A Petrogrado?—V. La situación el 25 de agosto

I.—Inferioridad moral de los aliados cuando comienza la campaña

El espectador neutral que sólo tiene un interés indirecto en la guerra—generalmente de orden sentimental o de mera curiosidad—da fácilmente crédito a las explicaciones y razonamientos que mejor cuadran a sus preferencias, por reñidos que estén con la realidad. No teniendo en el frente de batalla deudos ni amigos, no peligrando sus haciendas, ni estando empeñado su patriotismo en la contienda, su memoria es frágil, y se satisface fácilmente con las impresiones agradables, para las que se encuentra siempre predispuerto.

Los súbditos de las naciones beligerantes están en caso muy diferente. Los franceses, por ejemplo, están viviendo espiritualmente de la esperanza hace once meses; contaron con la acción irresistible de los rusos; a ella ajustaron las operaciones de sus ejércitos propios; no importaba que el sol de la victoria siguiera oculto, porque el día que Rusia destruyera al enemigo, les bastaría salir de sus trincheras para barrerlo hasta más allá del Rhin; Alemania iba consumiendo sus energías, y pronto estaría al cabo de sus fuerzas... Estas y otras cosas, consecuencias de las primeras, se le han estado diciendo al ciudadano francés durante meses y meses, y su convencimiento llegó a ser hondo y firme. De pronto, las ilusiones se desvanecen y la amarga realidad aparece desnuda con tetricos caracteres: el rodillo ruso saltó a pedazos; cayeron las formidables plazas fuertes; los rusos se retiran derrotados en toda la línea y pierden provincia tras provincia; aquellos alemanes, que se creía agotados, son más numerosos—según afirman los periódicos para justificar el desastre—que los rusos, y aún les sobran fuerzas para enviarlas a Francia y a la frontera italiana; ni se les acaban las municiones, ni las estepas, ni los incendios, detienen su avance victorioso...

Toda la habilidad de las plumas mejor cortadas y de las lenguas más elocuentes no es bastante a borrar el efecto de depresión que la campaña de Rusia ha hecho brotar en el Oeste. Y menos que en nadie, en los directores del ejército, en el mando en todas sus jerarquías. A manera de escudo protector, Rusia amparaba a los franceses y les substraía de los ataques alemanes; ¿qué acontecerá cuando haya saltado el último pedazo del escudo? ¿Cuál no será la responsabilidad del mando, el día en que dos o tres millones de alemanes, procedentes del Este, pisen el suelo francés? ¿Dónde encontrar el nuevo pararrayos que desvíe la descarga? ¿Conservarán las tropas su moral o se repetirá lo sucedido en las primeras semanas de

la guerra? ¿Continuará poniendo el país su confianza en los hombres de hoy?

Las derrotas de Rusia han ejercido toda su pesadumbre abrumadora sobre el mando francés. Los ejércitos rusos eran deshechos, pero el espíritu francés sufría honda conmoción, cada vez que una plaza era tomada por asalto o se rompía una línea de defensa en el frente oriental, los jefes del ejército aliado debían pensar con inquietud en Verdun, Toul, las líneas desde el Mosa al mar; los recuerdos de agosto y septiembre del año pasado no eran para tranquilizar a nadie: la impotencia para la ofensiva ¿se trocará en potencia defensiva? Quien no ha podido avanzar ¿podrá dejar de retroceder?

Que el vulgo se aferre a esperanzas quiméricas, es dudoso, pero comprensible. Aquel sobre quien recae la responsabilidad, el que por obligación ha de discurrir y razonar triamente, no se deja llevar de fantasías, y sus pensamientos van por el camino indicado. Su voluntad, ya contenida y limitada, ha de vacilar y desconfiar; su fuerza moral ha padecido rudo quebranto; su entereza está minada.

Bajo tan desfavorables auspicios, a los que no puede substraerse el ser humano, comenzará en su día para los franceses la campaña activa en el Oeste. Procede no olvidarlos, porque de lo contrario los juicios que se formulen pecarían de injustos. Extraordinario mérito será el de los generales aliados si evitan la derrota, primero, y ganan la victoria, después; en el caso contrario, les redimirá de gran parte de culpa el vencimiento moral de que son ya víctimas antes de que empiecen las operaciones. Si pierden la campaña, no será puramente porque les arrojen los alemanes; esto será la última fase, pero el vencimiento arrancará del fracaso en el Aisne y de las batallas de Polonia.

II.—Situación peligrosa del ejército británico en Francia

A raíz de las derrotas de Mons y Saint Quentin, fué menester llevar al ejército británico a segunda línea, cubriéndolo en los dos flancos y en parte en el frente por tropas francesas; poco tiempo después, apenas alcanzada la línea del Aisne, se hizo necesario trasladarlo de nuevo al ala izquierda, porque sus líneas de comunicaciones, que arrancaban de la costa, se cruzaban con las francesas y se entorpecían y dificultaban extraordinariamente los servicios de retaguardia. Desde octubre se encuentran los ejércitos de French en la región de Flandes que cubre a Dunquerque y Calais, en fácil y corta comunicación con la madre patria. La evacuación de heridos, enfermos

y material inútil y la llegada de refuerzos de todas clases se efectúa por líneas independientes de las que utiliza el ejército francés. Este y el británico tienen bases de operaciones diferentes, pero las líneas con-

lograr una victoria decisiva en tierra, y exponiéndose a un desastre naval que la obligara a capitular sin condiciones. No ha llevado la Gran Bretaña la guerra por esos derroteros, sino por otros muy diferentes,

de modo que no es de suponer que a última hora, cuando la crisis esté en su punto culminante, y en la ocasión en que más necesitará de sus barcos, vaya a rectificar su conducta y sus procedimientos. Y como se vería impulsada a ello, contra su voluntad, si French fuera arrojado a Dunquerque y Calais, es de creer que habrá adoptado las medidas necesarias para dejar fuertes guarniciones en el litoral y replegar la masa de sus tropas al S., en caso de una victoria alemana.

Así lo hacen creer también los frecuentes viajes a Francia de lord Kitchener y otros personajes desde que la campaña en Rusia tomó un sesgo resueltamente

ventajoso a los alemanes. Hay otra consideración, que excusa nuevos razonamientos.

Mientras la guerra no se interrumpa en Francia, Inglaterra tiene poco que temer. El día en que el ejército británico abandonase el territorio francés o pugnase sólo por reservar para su patria las dos orillas del canal, Francia se inclinaría a la paz, y Londres y Berlín se verían por fin frente a frente. De aquí que, sin perder el contacto con la costa, convenga a los ingleses que su ejército no deje de combatir al lado de su aliado, y a este efecto debe de acompañar a los franceses en su retirada hacia el S., si el enemigo les arroja de las posiciones que actualmente ocupan. Es de presumir que se está desarrollando un intenso trabajo de preparación de líneas de retirada y de comunicación, no lejos del litoral,

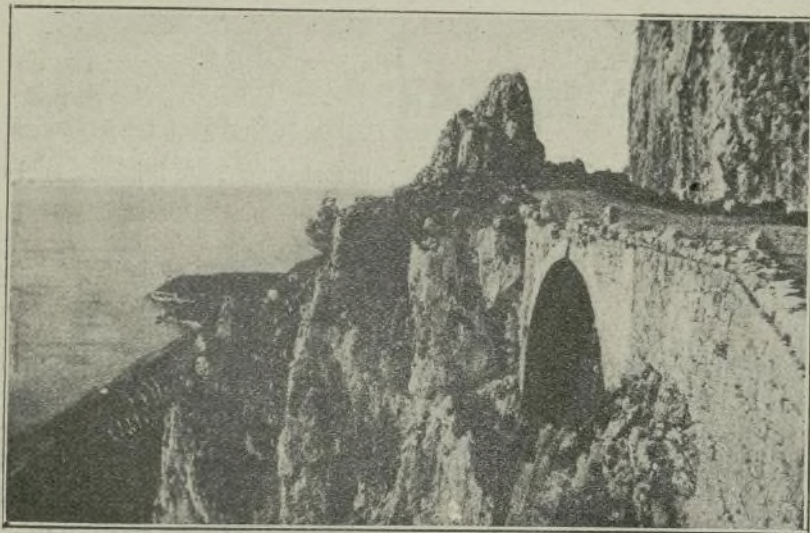
vergen en el frente y los servicios funcionan con orden y regularidad. No obstante, es imposible que se oculte a nadie que esta situación sólo puede subsistir en tanto los ingleses sean dueños de aquel pedazo del litoral; una vez separados de él o arrojados hacia el interior, renacería la confusión de últimos de agosto y primeros de septiembre de 1914, agravada por tener ahora el ejército británico un efectivo quíntuplo del que contaba entonces.

La ruptura del frente francés entre Noyon y La Bassée tendría como consecuencia el empujar y acorralar a los ingleses junto al mar, o ponerles en el caso de emprender una precipitada retirada, que les costaría pérdidas inmensas y les apartaría de sus líneas de comunicaciones. En las dos hipótesis, el ejército correría el peligro de una destrucción total y el golpe para Inglaterra sería de incalculable trascendencia.

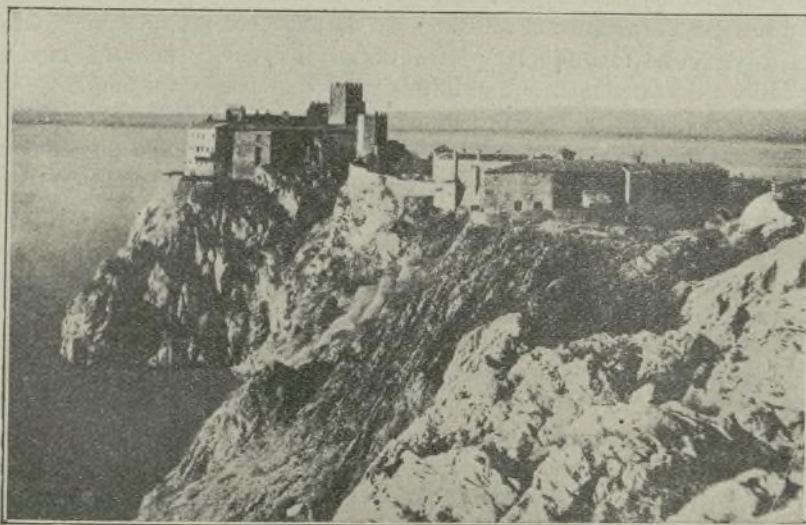
Suponiendo que, en previsión de un revés, los ingleses tengan proyectado replegarse a las costas del canal, se interrumpiría su enlace con los franceses y sólo podrían encontrar el apoyo que les llegase del mar. Tanto para sostener a las tropas de tierra, como para reembarcarlas, si así lo imponían las circunstancias, casi toda la escuadra, convoyando a los transportes, tendría que salir al canal y mantenerse muchos días en sus aguas, ofreciendo oportunidades que en vano han buscado hasta ahora los submarinos alemanes, para lanzar sus terribles torpedos; los sumergibles serían secundados por otras unidades, y acaso por las divisiones de dreadnoughts.

Con todo su ejército en lucha con el enemigo, y con el grueso de su escuadra al descubierto, jugaría Inglaterra su última carta, sin la probabilidad de

con objeto de que el Havre, por ejemplo, pueda desempeñar en lo futuro la misión hasta aquí encomendada a Dunquerque y Calais. Trasladando un poco más al S. la base secundaria de operaciones, los convoyes marítimos y hasta el mismo reembarco, se ha-



El camino de Miramare, en la frontera austro-italiana



Castel Duino, junto a Grado, cerca de la frontera austro-italiana

rían con menos riesgos que ahora, aunque la navegación resultara un poco más larga.

De todos modos, y pese a los grandes recursos de Francia y a la proximidad de las islas británicas, el

Kovno y Novo-Georgievsk son dos victorias alemanas que no admiten mixtificaciones.

Kovno era el punto más fuerte de apoyo de la línea del Niemen. En una campaña defensiva, como la que ahora sostiene Rusia, constituía una excelente posición de flanco contra el avance de los alemanes en Curlandia; cubría el gran nudo de comunicaciones de Vilna, el de mayor importancia estratégica de todo el teatro norte de la guerra; y era el eje de la defensa de las plazas fuertes del Niemen y el Bobr. Con su caída, ha quedado abierto el único sector hasta ahora cerrado a la invasión alemana, cabalmente el de más interés para las operaciones futuras. En relación con el ejército de campaña, la pérdida de Kovno equivale a la ruptura del frente y a la separación en dos grupos de las masas rusas. Era el último golpe que les hacía falta a los alemanes para destruir la resistencia moskovita en las provincias fronterizas.

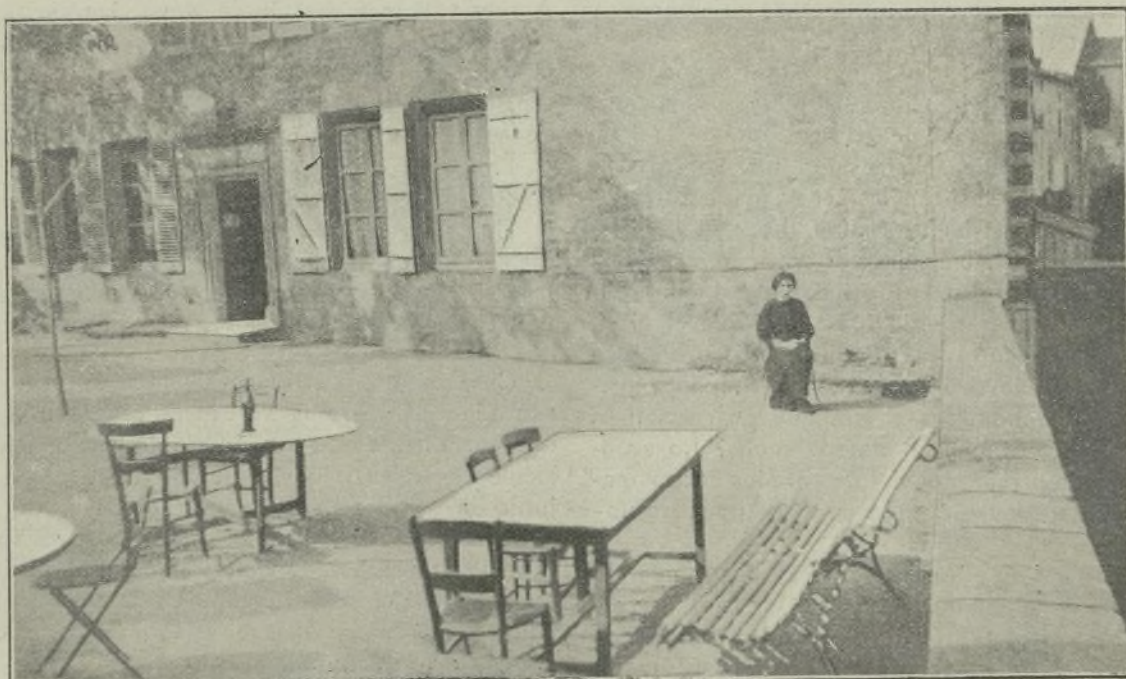
El coronel Repington, que despliega una habilidad singular en paliar los triunfos alemanes y realiza esfuerzos inauditos



Colocación de un mortero austriaco de 30,5 centímetros, cerca de Strij

ejército inglés se encuentra en la situación precaria de todo ejército expedicionario; tiempo más que sobrado ha tenido el alto mando para neutralizar en lo que cabe los peligros de la situación falsa de las tropas; pero, los alemanes a su vez se esforzarán por conseguir que aquellos peligros se hagan tangibles y conduzcan a las últimas consecuencias. El problema es uno de los más interesantes que se plantearán pronto en el teatro occidental.

para convencer a sus lectores de que el ejército ruso no ha sufrido merma en su capacidad combatiente, escribía los siguientes párrafos, el día 17 de agosto, dos días antes de la pérdida de la fortaleza: «Nuestra esperanza estriba en que las fuerzas rusas de esta región (Curlandia) sean bastante fuertes para caer sobre von Below y sus colegas y contener el movimiento envolvente sobre Vilna, que parecen pronunciar. En este cometido serán eficaz-



Casa de campo que suele servir de alojamiento al Kaiser cuando visita las líneas del N. de Francia

III.—Kovno y Novo-Georgievsk

Los que aún se mostraban reacios en reconocer el fracaso decisivo de los rusos, darán muestras de buen sentido si por fin abren los ojos a la realidad.

mente secundadas por la valiente defensa de Kovno, la retención de la cual en manos rusas es de grande importancia. El ejército de von Eichhorn, probablemente de tres o cuatro cuerpos nada más, fué sangrientamente rechazado al atacar la plaza, pero sin

duda acometerá otra vez, y parece que lleva consigo un formidable tren de sitio. Los alemanes han olvidado al parecer que aún no han tomado una fortaleza que los rusos quisieran detender (1) y que la guarnición rusa de una plaza ha de ser mirada con respeto. Los métodos de Lieja y de Namur no son fácilmente aplicables contra una plaza rusa, y aunque los monstruosos cañones alemanes causarán destrozos en ciertas obras de Kovno, esperamos que la guarnición se mantendrá con firmeza el tiempo suficiente para que Hindenburg no pueda hacer uso del eje que tan ardientemente desea para sus movimientos futuros. La resistencia de Kovno está íntimamente enlazada con el avance ruso desde Dünaburg. Si éste puede ganar terreno o simplemente contener al enemigo, la resistencia de Kovno y de la línea Niemen-Bohr crearía a Hindenburg una situación difícil y no caería en la tentación de avanzar desde el Sventa».

Kovno fué atacada según el método llamado de Saüer, de fecha ya remota, que consiste en batir la plaza con un fuego abrumador de artillería, y tomar la luego por asalto. Los alemanes han modificado este procedimiento, para economizar sangre. Concentran sobre el frente atacado todas las baterías disponibles, y a favor de este huracán de hierro avanza la infantería y se atrinchera a corta distancia de la obra. Al cabo de uno o más períodos de bombardeo, cuando las fortificaciones han sido en parte destruidas y se cree quebrantada la moral de la guarnición, la infantería, que se ha ido acercando poco a poco a las alambradas, emprende el asalto. Varios fuertes de Kovno fueron conquistados de esta manera, aunque no todos a la primera tentativa, y cuando los alemanes se abrieron paso hacia el recinto por el N., O. y S., la guarnición escapó hacia el E., dejando en manos del vencedor algunos millares de prisioneros y todo el material de la plaza.

Novo-Georgievsk tiene una significación diferente de la de Kovno. Con esta plaza y Ossovietz, formaba el triple apoyo de todo el frente de la Prusia oriental, y era de construcción más moderna y estaba mejor artillada que las demás plazas intermedias y las dos del medio Vístula. Forzada la línea por el N. y el S., había dejado de servir como barrera y últimamente su papel estratégico se reducía a inmovilizar las fuerzas sitiadoras. ¿Por qué el Gran Duque, que evacuó Ivangorod y Varsovia, no hizo lo mismo con Novo-Georgievsk, y se resignó a perder los 85,000 hombres o más que guarnecían la plaza y los 700 cañones montados en ella? Lo acontecido ahora, arroja mucha luz sobre los hechos pasados, y destruye la leyenda de la retirada voluntaria.

Recuérdese que Varsovia fué evacuada cuando los alemanes habían cruzado el Vístula aguas arriba y se encontraban al otro lado del Narev, después de tomar por asalto Ostrolenka y Pultusk. El movimiento envolvente sobre Varsovia se dibujaba claro, y la amenaza más temible venía del N., del Bug. Derrotado y en retirada el ejército de Alexeiev, al E. de Ivangorod, las tropas de Varsovia corrían el riesgo de ser acometidas por los dos flancos si se obs-

tinaban en resistir, y serían fácilmente destruídas. En estas condiciones, se impuso la inmediata evacuación, la marcha a toda prisa hacia Brest-Litovski; pero si el ejército de von Gallvitz no era contenido en su avance desde el Narev al Bug y al S. E., teniendo a su disposición una línea más corta alcanzaría a la guarnición de Varsovia durante su repliegue y la dispersaría. Era menester, por consiguiente, contener a todo trance a von Gallvitz, y esto sólo podía lograrse si Novo-Georgievsk resistía. No había ya tiempo para el abandono de esta fortaleza. Desde la última batalla de Przasznisz los acontecimientos se precipitaron de tal modo, que antes de que el Gran Duque se diera cuenta de la situación de los ejércitos de Gallvitz y Scholtz, los alemanes estaban ya al otro lado del Narev. El golpe fué fulminante. Entre salvar la guarnición de Varsovia y sacrificar la de Novo-Georgievsk, o intentar la retirada de las dos exponiéndose a que el enemigo las destruyera, el Gran Duque optó por lo primero; en realidad, no podía hacer otra cosa, porque el 5 de agosto, al entrar los alemanes en Varsovia, quedaba abierto un portillo tan estrecho para la huida de las tropas de Novo Georgievsk, que apenas hubiera escapado un puñado de hombres. Dos cuerpos de ejército fueron así condenados a ser apresados por el enemigo, para que pudieran librarse los cuatro o cinco concentrados en Varsovia. Todavía hizo el Gran Duque un último esfuerzo en favor de Novo-Georgievsk: gruesas masas, llamadas del N. y del S., trataron de contener a von Gallvitz y arrojarlo a la derecha del Narev, pero fueron vencidas, dejando muchos millares de prisioneros en manos de los alemanes, y éstos franquearon el Bug. Novo-Georgievsk quedó acordonado.

Encomendóse a von Bessler, el conquistador de Amberes, la expugnación de Novo Georgievsk, y le han bastado tres semanas para llevar a cabo su difícil cometido. Atacó con preferencia a la plaza por la espalda, y rompió la línea de fuertes, apoderándose de varios de ellos; rechazada la guarnición al recinto, el tiro de la artillería abatió su espíritu, y los ataques de la infantería remataron la obra.

Cinco meses se defendió Przemysl, aislada y perdida en un mar de bayonetas rusas. Tres semanas ha resistido Novo-Georgievsk, más fuerte que aquella y con la protección del Vístula en uno de sus lados.

Ciertamente, la artillería alemana es muy superior a la rusa, pero la verdadera causa de aquella diferencia ha de buscarse en las tropas: el ejército alemán es irresistible, y el ejército ruso tiene desde junio la convicción de la derrota. Hace un año, Novo-Georgievsk habría resistido dos, tres meses. Ossovietz ha rechazado victoriosamente dos ataques a raíz de los dos desastres rusos en la Prusia oriental; veremos cuántos días se sostendrá ahora, si como es de esperar se reanuda el sitio.

En resolución: la conquista de Novo-Georgievsk por los soldados del Kaiser, demuestra de un modo fehaciente lo que saben mis lectores: 1.º que el ejército ruso no pudo retirarse oportunamente, porque le sorprendieron los acontecimientos; 2.º que esa retirada dista mucho de haber sido aquel repliegue ordenado y tranquilo que con notorio apasionamiento u ofuscación evidente describen ciertos co-

(1) Olvida Repington los nombres de Pultusk, Lomza, Ostrolenka, Roshan, Sierok y no pocos fuertes de Novo-Georgievsk.—J. A.

mentadores de la guerra; 3.º que la derrota de Rusia se agrava por momentos, y es ya irremediable.

IV.—¿A Petrogrado?

Arrojados los restos del ejército ruso en tres direcciones divergentes: Galizia y Besarabia, Moskú y Petrogrado, y vencidos en toda la línea, Alemania ha elegido a estas horas uno de dos grandes partidos: proseguir su acción contra Rusia hasta destrozarla y obligarla a la paz sin condiciones; suspender su ofensiva, y volverse contra Francia.

Esto último era lo más prudente, pero no lo más decisivo. La derrota final de Rusia tendrá como consecuencias—dentro de lo que puede abarcar la previsión humana—la de Francia y la de Italia. ¿A qué, pues, fraccionar los esfuerzos, cuando el principal y resolutivo marcha por excelentes derroteros? En el teatro occidental, la impotencia de los aliados es notoria; aunque ejecutaran una ofensiva desesperada, no conseguirían modificar la situación de un modo radical. Alemania está tranquila por esta parte y no siente prisas por acudir a donde no es necesaria su presencia. Probablemente aplaza sus operaciones en el O. para cuando llegue la mala estación, la más favorable a sus planes, y desea antes acabar de derribar el que fué hasta fecha no lejana coloso ruso. Cuanto más se humille éste, más llano será el camino a recorrer en los otros dos frentes.

Aislada Rusia por el S., en cuanto pierda la salida al Báltico sucumbirá; antes de tres meses se cerrará el puerto de Arkangel, y se interrumpirá la vida del país si las rutas de Suecia son cortadas. Complemento de la campaña en tierra, sería otra por mar que obstruyese los golfos del Báltico, pero las operaciones navales se subordinarán a las del ejército, y los barcos sólo se expondrán a los riesgos estrictamente indispensables para lograr aquel gran objetivo.

Los ejércitos rusos del S. y del centro no infunden cuidado a Alemania. Las fuerzas que operan contra ellos se van reduciendo paulatinamente para reforzar las del N. La conquista de Kovno y Novo-Georgievsk deja disponibles cerca de 300.000 hombres para las operaciones de campaña. Dados los antecedentes de todo un año, las líneas y los servicios de comunicaciones están completamente organizados en Curlandia y Lithuania, y puede darse impulso a la maniobra en el N. Muchísimo antes de que los fragmentos del ejército ruso del centro se trasladen al N., siguiendo líneas largas y excéntricas, los alemanes habrán ejecutado un violento ataque y derrotado a las tropas que cubren el Dvina. Desmoralizadas las tropas rusas, con pocos oficiales en sus filas y dotadas de escaso material, la campaña será bastante más rápida que las anteriores, y las principales dificultades residirán en las grandes distancias a recorrer y en los transportes; desde este último punto de vista, la flota alemana prestará un concurso utilísimo.

Suponiendo derrotado al ejército ruso del N., la ocupación de las provincias bálticas sería un juego de niños para los alemanes, y de esto a la ocupación de Petrogrado no hay más que un paso. Si a la ruina material, se sumara el efecto desmoralizador de la huida del Czar y todos los organismos de la admi-

nistración, y la impotencia derivada de un ejército roto y deshecho, la paz se impondría, tanto por la presión del enemigo como por la presión interior. De consiguiente, todo induce a creer que el principal teatro de la guerra será en lo sucesivo el del N., limitándose los alemanes en el resto de la línea a completar la desorganización de las tropas rusas en retirada hace cuatro meses. Las provincias del Báltico, son el verdadero centro mercantil, industrial e intelectual del imperio, y su dominación por el invasor es bastante más fácil de lo que muchos creen. Con la misma rapidez que el ejército de von Voysch—innesario en Polonia dado el estado de derrota de los rusos—ha sido trasladado a Curlandia, otros ejércitos siguen el mismo camino, y pronto será allí incontrastable la superioridad alemana. Depende de Rusia, en primer lugar, y de la resistencia que opongan los turcos en los Dardanelos, en segundo, que la espada se clave o no hasta el puño en el cuerpo del gigante; si no pide gracia, hemos de ver grandes cosas en el imperio blanco, antes de que llegue el invierno. Síntoma de ellas es el descontento, que cunde y se propaga, por la inactividad de franceses, ingleses e italianos. Se contaba con Rusia para la victoria y sólo para la victoria. Siempre en las alianzas sale alguien sacrificado y alguien indemne, y a Rusia le ha correspondido el papel más triste. Casos en que la alianza se trueque en unidad material y espiritual—los imperios centrales—no se registran en la historia; es un hecho filosófico que provocará la atención del mundo durante varias generaciones.

V.—La situación el 25 de agosto

Prosigue la retirada rusa en toda la línea, desde Kovno al S., cayendo diariamente millares de rusos en manos del vencedor. Es un hecho confirmado lo que insinué en la *crónica* anterior: los ejércitos rusos han sido divididos en tres pedazos, entre los que se han interpuesto los alemanes.

Ossovietz ha sido evacuada, y sólo poseen los rusos las dos plazas de la línea del Bobr: Olita y Grodno, que no tardarán en correr la misma suerte que aquella, porque están siendo envueltas por los dos extremos.

En Curlandia no ha cambiado la situación. El ejército de von Eichorn, protegido por el de von Below, al N., con el que se encuentra probablemente von Voysch, avanza sobre Vilna, por el E. y S. E. de Kovno. En los últimos días no se ha señalado la posición de las tropas de von Scholtz, que es muy posible se estén trasladando a Curlandia, o bien se dirigen por el S. de Grodno para obligar a la evacuación de esta plaza. El ejército de von Gallvitz, luego de apoderarse de Bielsk y cortar la vía férrea de Bielostock a Brest-Litovski, continúa hacia el E. El príncipe Leopoldo de Baviera ha avanzado considerablemente al otro lado del Bug, se ha apoderado de Kleszczel y sigue en dirección al Lasna. De estos hechos resulta que los rusos que aún se baten en la región de Brest-Litovski han perdido los caminos que conducen al N. y sólo tienen a su disposición los que van a Moskú. Desde Siedlice, el príncipe Leopoldo varió hacia el N. E. la dirección de marcha que llevaba al E. De la misma manera, también el grueso de Mackensen, que se mantenía al S. O.

de Brest-Litovski, se encuentra ahora al N. O. de esta plaza y ha salvado ya el Bug. El ala derecha de Mackensen, acaso a las órdenes de von Arz, se ha apoderado de Vlodava y llegado a las primeras marismas del Pripet, persiguiendo tenazmente a los rusos en retirada.

De este conjunto de movimientos y por lo que dejan adivinar los partes oficiales rusos y alemanes, se deduce que en el sector de Brest-Litovski se encuentra todavía un numeroso ejército ruso; y se deduce otro hecho aún más interesante: a consecuencia del rápido avance del príncipe Leopoldo, que se dió prisa a franquear el Bug, las masas que se habían ido replegando en Brest-Litovski no han podido dirigirse más que en pequeña parte hacia el N., y acosadas por tres ejércitos y no teniendo a su disposición más que la vía férrea de Moskú, se han visto obligados a aventurarse en los pantanos del Pripet, a donde las han seguido las fuerzas alemanas que han rebasado Vlodava. Ese ejército ruso del S. puede darse, por consiguiente, como antes el de Ivanov en Galicia oriental, por inutilizado para las operaciones futuras. La campaña en este sector terminará dentro de pocos días; se reducirá a una persecución en que los alemanes emplearán con preferencia la caballería, fuertes contingentes de la cual han aparecido ya al N. de Vlodava.

El ejército ruso del centro posee aún el ferrocarril de Bielostock a Vilna; esta línea está amenazada por el N., desde Grodno, y desde Tykocin, a 25 kilómetros de Bielostock; los moskovitas no han de perder un minuto si no quieren ser arrojados al E. y expulsados del principal teatro de operaciones. Hay síntomas evidentes de que la retirada del grupo del Sur se está llevando a cabo con gran desorden, por la presión que ejerce el adversario.

Las primeras tropas que pudieron evacuarse desde Brest-Litovski y Bielostock, hace tres semanas, se dirigieron a Curlandia; pero la masa principal no tuvo tiempo de tomar el mismo camino. El interés preferente está en Curlandia. Si el mariscal Hindenburg consigue llegar a Vilna antes de ocho días, una gran porción del ejército ruso del centro quedará cortada y tendrá que internarse en dirección al Este. Curlandia va a ser muy pronto el teatro principal; hacia allá afluyen las tropas alemanas que ya no son necesarias en el resto del frente, y también Rusia envía allí las últimas fuerzas de que puede echar mano. Si los rusos son derrotados en Curlandia como lo han sido en Galizia, Polonia y Lithuania, las demás provincias bálticas caerán fácilmente en po-

der de los alemanes, y no faltará más que dar el último golpe en el S., en la Besarabia, para que se imponga la paz. Es claro que la entrada en línea de Rumanía al lado de los aliados o la conquista de los Dardanelos, podrían alargar la campaña; pero difícilmente modificarían la situación general, porque Rusia está ya vencida y batido su ejército.

En la invasión de las provincias bálticas han de operar de concierto los ejércitos de tierra y de mar. Hasta ahora, la división naval rusa que hay en el golfo de Riga ha podido contener a la división naval alemana que trató de destruirla. Es de presumir, sin embargo, que no transcurrirán muchos días sin que los barcos rusos tengan que abandonar su base, toda vez que no es difícil que la poderosa artillería empleada en el sitio de Kovno—en ella figuraban varios morteros de 42 centímetros—sea enviada contra Riga, y nada tendría de extraño que aquellos barcos tuviesen que salir al Báltico—donde los batiría la flota alemana—, abandonando la protección de sus líneas de torpedos fijos y fondeados. Esta última campaña, más corta que las anteriores, será en extremo interesante.

El 19 de agosto, después de laboriosos sondeos que duraron varios días, una división de la escuadra alemana forzó la entrada en el golfo de Riga y entabló combate con las fuerzas navales rusas, que perdieron un torpedero y dos cañoneros; otros varios sufrieron averías. Los alemanes perdieron tres torpederos. Posteriormente, se ha dicho que la escuadra alemana sufrió un descalabro de consideración, habiéndose ido a pique el acorazado *Moltke*; la noticia no se ha confirmado todavía; antes bien, ha sido desmentida.

Un submarino británico ha sido echado a pique en el Báltico. Una escuadra inglesa bombardeó la base naval alemana de Zeebrugge. Menudean estos días los vuelos de los zeppelines alemanes sobre Inglaterra; Londres ha vuelto a ser bombardeado por ellos.

No ha cambiado la situación en el frente occidental, ni en el italiano. El cuerpo expedicionario que desembarcó en el litoral O. de Gallípoli fué derrotado por los turcos, pero se sostiene en la playa, bajo la protección de los barcos. Continúan los combates indecisos en el S. de la península, y el contingente que desembarcó en la costa de Tracia tampoco ha podido avanzar.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

26 agosto 1915.